

Al otro lado del puente

M^a. LUISA CASTILLO

Sólo llevo en la enseñanza catorce años. Busqué la química como profesión huyendo del encuentro y el contacto con «la materia viva». Creí, desde siempre, que el laboratorio y la materia inerte serían mi trabajo y me jactaba al decir «*si en el laboratorio me equivoco solo conseguiré que exploten los cristales*».

Intuí que el encuentro con las personas, con los jóvenes, entrañaba siempre el de hacer nueva cada mañana y poner mi vida frente a las vidas de los otros. Poco a poco, acepté que el aula era mi lugar, el espacio donde el «*ritual de los encuentros*» tejería mi talante y me trasformaría en lo que soy.

Mis primeros años fueron duros, me resistía a ser educadora, a ser enseñante, profesora, y seguía en mis esquemas y en mis contenidos (lo único que me daba seguridad). Más tarde, los años fueron dando sentido a mi profesión y comencé a experimentar que, en aquel lugar, estaba siendo convocada por el que llama, por el Hacedor. Cuando uní mi vivencia de fe al trabajo cotidiano las resistencias se rompieron. Hace ya seis años que a mi modo de vivir la fe y la existencia como educadora en un colegio privado en el nivel de BUP se unió, como un terremoto, ocupar la dirección de Cáritas Diocesana. Todo comenzó desde la perplejidad de dos mundos: el de la pobreza y la exclusión y el del aula, un aula que me arrojaba, que era cómoda y donde me sentía segura.

Comencé a vivir la experiencia desde la dualidad de la separación de mi profesión y el voluntariado. Todo estaba tan diametralmente distanciado,

incluso físicamente, que en mi interior comenzó a producirse una ruptura.

La sede de Cáritas y el lugar donde se halla el colegio estaban, respectivamente, a ambos lados de una rambla que había que cruzar por un puente.

Empecé a vivir la experiencia a un lado y a otro del puente (¡cómo si en dos mundos distintos se pudiese ser y vivir!), y todo eran preguntas sin respuestas: ¿para qué sirven los contenidos?, ¿es aquí donde tengo que estar?, ¿son estos los jóvenes con los que tengo que convivir? En el fondo surgía todo un recelo al sistema educativo, a mi vivencia de la fe en ese sistema tan alejado de la calle, de las gentes, del dolor. ¿Qué tenía que ver todo esto con el evangelio, con la fe, con el envío a evangelizar a quién, a dónde, por dónde?

Experimentaba que mi estatus en el centro me prestaba, como migajas, al mundo de los pobres, pero no tendía el puente, no vivía en una sola línea fé-vida - pobres - comunidad - educación. No puedo negar el número de veces que estuve tentada a abandonar mi puesto de trabajo y buscar uno cercano a ellos, para acompañarlos como educadora. Caí casi en la trampa de romper el mundo de las relaciones entre «el orden y el desorden», porque lo más sencillo hubiera sido abandonar.

Pero hablamos de excluidos, hablamos de integración y, cuando se escucha la voz de ellos y la voz del aula, se unen ambas en un solo sentir. En definitiva opté por vivir mi experiencia del encuentro con el pobre como clave de mi ser y actuar en el aula, viendo desde la perspectiva del pobre, el mundo de las relaciones, de los contenidos, de las actividades, integrando en una sola comunidad lo que hoy se presenta como dualidad.

Al encontrarme y al escuchar comencé a descubrir en mis alumnos los rasgos de la calle, las zonas comunes, las zonas de fragilidad y vulnerabi-

lidad que también ellos presentan como pobreza, zonas en las que sus encuentros en la escuela serán determinantes para asumir o para no atajar.

Me asombro de la maravilla que supone poder acompañar, en un proceso de aprendizaje, a los que se dejan acompañar, codo a codo, en la construcción de un mundo nuevo donde los preferidos de El, los pobres, son clave de ternura y atención, y donde ellos, como protagonistas, transforman nuestros modos de ver y construir el mundo.

Creo que en la escuela nos jugamos la transmisión, ya no sólo del saber, sino del sabor que tiene el comenzar a vivir juntos. Nuestros valores se ponen en juego y, aunque programemos en clave de solidaridad, o en clave de salud, o en clave de justicia y paz, la realidad es que sólo desde los más pequeños y débiles, los pobres, encontramos la medida, las formas y el cómo hacerlo. La programación desde ellos, no sólo para ellos, será la única clave de Encarnación en esta realidad humana que nos toca hoy vivir y transformar. Ahora estructuro mi atención a los alumnos en otras claves influenciadas, desde luego, por mi relación con los excluidos: transeúntes, sin techo, toxicómanos, alcohólicos, ludópatas, reclusos y exreclusos. La base de su exclusión no siempre está en su analfabetismo o su falta de cultura, ya que muchos han superado sus estudios, han creado una familia, han llegado a tener y consolidar un trabajo, sino que en todo este proceso no han sido educados y acompañados en sus factores de riesgo, y esto les ha hecho caer en el mundo de la no relación, en el mundo del escape. Ellos me muestran estas nuevas claves:

1.- Educar para afrontar las pérdidas. (En clave pascual)

No podemos crecer sin sufrir. La condición necesaria para vivir es aceptar, de una forma creativa, las sucesivas separaciones y las pérdidas que nos vamos a ir encontrando. La vida se entreteje perdiendo y constru-

yendo sobre lo perdido un nuevo mundo de relaciones y de perspectivas. Las pequeñas pérdidas preparan para las que luego, a lo largo del camino, nos iremos encontrando. Pérdidas de sueños y deseos, de cultura, de salud, de vínculos afectivos; pérdidas en las fases del desarrollo, pérdidas de nuestra propia identidad, hasta llegar a la pérdida de los seres queridos. Toda la vida está articulada por separaciones y encuentros.

Educar para crecer en la separación, para gestionar positivamente las pérdidas, ayudar a no escapar luego del dolor, de la enfermedad y abrirse al mundo comunitario sanador en el sufrimiento.

2.- Educar para vivir en la realidad. (En clave Encarnación)

Tiempo de despertar. Los quince y dieciséis años son el tiempo donde los sueños nos impulsan mucho más allá de la realidad, nos capacitan para abordar el mundo exterior con la fuerza y el coraje de la conquista. Es necesario soñar y para eso dormimos y diariamente soñamos, pero también es necesario conjugar el sueño con la realidad. Es preciso acompañarlos a despertar. En el fenómeno del transeuntismo existe la tónica común de la fantasía, de la falsa seguridad de alcanzarlo todo, de conseguirlo todo. Existe un mecanismo de defensa frente a la realidad que impulsa al sueño y al escape. El no poder ver nuestra realidad, el no poner los pies sobre la tierra, el fomentar el vivir la vida irreal nos lleva a construir en la mentira el mundo en el que podemos respirar. El mundo de la trampa y el engaño es el caldo de cultivo del ludópata. El mundo artificial de nirvana para vencer la realidad es también caldo de cultivo del alcoholismo y la droga. Hacen escaleras que abren el camino de escapada y luego se convierten en camino de esclavitud.

3.- Educar para el encuentro. (En clave Acogida).

No habrá forma de entretejer los rasgos de la comunidad si no es mediante «los encuentros» y cada día nos preparamos menos para hacer de los encuentros semillas de comunidad, camino de sanación y salvación.

El arte de escuchar y el arte de comunicarse. Escuchar los lenguajes verbales y los no verbales, los gestos y los silencios. Escuchar los sentimientos. Educar para escuchar y para desenvolver el mundo interior. ¡Qué lejos están los jóvenes de su propio mundo interior!.

Es difícil decir y comunicar lo que sentimos, y más aún, que alguien nos escuche y acompañe en lo que nos ocurre. La infancia marginada se determina por su soledad. Los jóvenes están hambrientos de ser escuchados y poder atinar a descubrir sus propios sentimientos. El nuevo modo de estar en el aula podría ser escuchar y acompañarles para que aprendan a escuchar y puedan escucharse. Será el camino de la acogida y la puerta de salida de la soledad. No creo que sin esta clave de abrirnos a los encuentros y acoger al otro podamos acompañar para encontrarnos con el otro y dejarnos acoger por El.

4.- Educar para integrar las diferencias. (En clave Comunitaria).

Cuando la educación toca el fondo del ser y se abre a la transcendencia infunde el espíritu comunitario.

Si nuestro modo de educar no es para ser fuertes desde la fortaleza, sino desde la debilidad, lograremos que se abran las puertas del perdón y la misericordia. Frente educar para un mundo competitivo educar para la ternura, educar en lo pequeño y en lo sencillo marcando el acento en las pequeñas cosas y los pequeños gestos que son los que construyen la

vida en la voluntad de Dios. Este modo o estilo está abierto a las diferencias y es creador de nuevas formas de relación, donde «los distintos» son enriquecedores de la comunidad y no son excluidos de la uniformidad. Es necesario señalar el campo de la dificultad de cada uno y saber mostrar su potencialidad como don que se da para ser regalado.

Desde esta perspectiva nueva que me da el mundo de los que sufren, claves de misterio pascual, encarnación, encuentro, comunidad, se abren los horizontes desde los que mirar el aula, la escuela y la educación. También estas dimensiones me suelen hacer pensar sobre los supuestos valores en los que educamos: solidaridad, fraternidad...Pero me pregunto cuáles son las nuevas formas de respuesta que ya no sean sólo claves de mirada, sino estilo de vida de los educadores testigos del vivir y de la fe, testigos del mundo que serán necesarios o que hoy se necesitan para responder a esta construcción del reino en el aquí y ahora.

Creo entrever la respuesta en el horizonte, pero necesito otra serie de años para perfilar el estilo del educador, vocero en el medio del aula de los pobres y de los que sufren.

Si hay algo en lo que sí me confirmo es en que el educador ha de ser alguien que se deja sorprender diariamente por la vida, por sus nuevas llamadas y gritos, y con la comunidad busque respuestas a dichos retos.

Creo que para ser aprendiz con esto basta. ¡Por cierto!, nuestro ayuntamiento decidió quitar el puente que comunicaba la rambla y ha construido un parque sobre ella, que es el deleite de la ciudad. Se repite la clave «educar para integrar», y esa es mi esperanza (sigo manos a la obra).